

## DISCURSO

### DEL ALUMNO RICARDO VA LARRE\*

*Reverendo Padre Rector:*

*Congregantes:*

La Congregación Mariana de Alumnos, desde su fundación en 1884, acompaña al colegio y se regocija con él en las grandes solemnidades.

Así, omitiendo otras, en 1904, al conmemorarse el quincuagésimo aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. En 1918, al celebrar el Salvador sus bodas de oro. En 1934, vibrando al unísono con los millares de voces de exalumnos y alumnos que entonaron el himno al "Dios de los corazones, sublime Redentor". En 1904 y 1934, dejaron expresado su fervor de congregantes marianos en inscripciones lapidarias, ornamento de este pedestal, hito glorioso que señala a las generaciones de alumnos el itinerario recorrido por sus antecesores y del que no deberán ellos desviarse, si han de arribar a la meta de los ideales que el colegio nos enseña y nos muestra como suprema aspiración de nuestra vida.

La inscripción que nuestra Congregación Mayor de Alumnos coloca e inaugura hoy en este histórico pedestal, para unirse así al coro de voces que cantan loas al Colegio del Salvador en el septuagésimo quinto aniversario de su tercera fundación, desarrolla estos dos profundos pensamientos: el colegio nos infunde la devoción a María, como Madre nuestra celestial; el colegio nos proporciona las armas o instrumentos que necesitamos para abrimos paso y triunfar en todos los órde-

---

(\*) Pronunciado al descubrirse una placa, ofrecida por la Congregación Mayor de Alumnos, el día 8 de setiembre último, para conmemorar el 75 aniversario del Colegio.



nes de la vida. El colegio nos da su primer espaldarazo al constituirnos Caballeros de María, admitiéndonos en su Congregación.

Sabe bien cuanto importa cobijarnos bajo el manto de la Virgen, para conservar puro nuestro corazón, libre y vigorosa nuestra mente, para enriquecerla con los conocimientos científicos y literarios.

Amaestrados en esta escuela de virtudes, vencemos en las primeras luchas y nos preparamos para librar la decisiva de la juventud, en medio de la fascinación de un mundo pervertido y corruptor.

No basta triunfar de sí mismo: hay que tender la mano a tantos en peligro de sucumbir o ya vencidos. A este fin, la Congregación enciende en nosotros la llama del apostolado, ejercitándonos ya desde ahora en él; ora en visitas de hospitales, socorro de necesitados, limosnas para las misiones; ora en el buen ejemplo de sólida piedad, de sacrificio en el estudio, de ojos castos y lengua limpia con que debemos edificar y atraer al bien a nuestros mismos condiscípulos y amigos. Así, decía, hace más de 20 años, Pío XI, la Congregación forma al cristiano militante de nuestro tiempo.

Pero hace más el colegio: al instruir nuestras mentes y al forjar nuestros caracteres, nos adiestra para los combates futuros que nos esperan en la senda de la vida.

Los conocimientos que adquirimos no nos rendirán, quizá, grandes utilidades en el ejercicio de nuestras profesiones, pero nos hacen capaces de apropiarnos otros que, sí, nos las rendirán.

La emulación que nos mueve a sobresalir en notas, puestos, dignidades, nos amaestra para vencer después en la competencia que en estos tiempos, como guerra sorda, disimulada y pertinaz, está entablada en todos los campos: en el de la ciencia y en el del arte, en el de la industria y en el del comercio, en el político y en el social.

La disciplina metódica y austera nos adoctrina prácticamente en el incalculable valor del orden, de la sobriedad y, sobre todo, del dominio propio, que exalta a la voluntad al tro-



no que le corresponde, librándola de las cadenas esclavizadoras de la pasión.

Todas estas ideas se pueden desglosar de las frases que, en estilo clásico y sintético, componen la inscripción de nuestra lápida.

Que para todos nosotros, queridos compañeros de Congregación, esas ideas se conviertan en normas y realidad de nuestra vida. Y que cuando en el transcurso de los años volvamos a rodear este pedestal para celebrar nuevos aniversarios, podamos depositar a los pies de nuestra adorada Madre, rosas no marchitas de amor perenne hacia Ella y codiciados laureles de triunfo.

R I C A R D O      V A    L A R R E